

CINCUENTA AÑOS DE ESCULTURA EN GUATEMALA 1910-1960

Por Guillermo Grajeda Mena

Como cosa previa a examinar los últimos cincuenta años de escultura en Guatemala, rogamos que se nos concedan disculpas por atrevernos a mostrar al desnudo este importante asunto en una breve reseña. Personas de mayores conocimientos, han de estudiarlo en futuro no lejano, con mejores frutos.

Partimos del año de 1910. Dos años hacía que había ocurrido «la tragedia de los cadetes». La imaginería guatemalteca que otrora fuera orgullo de los abuelos, se encontraba momificada en los talleres de los santeros, quienes mantenían la tradición del oficio, remendado santos viejos o tratando de imitar los tipos más solicitados por las gentes piadosas que recurrían a la religión como consuelo para sus aflicciones constantes, provocadas sádicamente por los cancerberos de la dictadura. La libre expresión del pensamiento era un mito. Del movimiento reformador realizado por el General Justo Rufino Barrios, había que pensar como que había sido un sueño ya que lo mejor era no mover esas aguas.

La última vez que el pueblo vio algunas preocupaciones escultóricas, fue durante el gobierno del General José María Reina Barrios, 1892-1898; muchas eran obras importadas de Europa, la mayoría hechas en serie, pero en fin, algo fue tenerlas a la vista. Todavía podemos contemplar algunas de bronce, en el paseo de La Reforma. Las de mármol han desaparecido.

Lo que viene después, en el período o más bien dicho: períodos cabreristas, es completamente nulo.

Nos preguntamos si en realidad la causa de la muerte de la escultura de nuestro país, se debió a la falta de libertad de pensamiento, impuesta por el «cabrerismo». Parece que no. Para aclarar este punto, veamos algunos antecedentes; en la época precolombina, los escultores mayas es seguro que no realizaban sus obras de acuerdo con su libre albedrío, sino que bajo el férreo dominio de la voluntad de los grandes sacerdotes o de los grandes guerreros, es decir, los tiranos de turno. Durante los siglos de colonización española: bajo los dogmas, los cánones, la amenaza del infierno y demás disciplinas de la «Santa Inquisición», tampoco nuestros escultores trabajaron lo que les viniera en gana, salvo los pastorcitos de barro para los «nacimientos».

Con esos lastres, se vieron metidos nuestros escultores en la época de la Independencia. Los partidos políticos los hacían para un lado y para otro. No atinando preparados para convertir sus artes en armas para la lucha, como caracoles se metieron dentro de sus conchas-talleres y miraron caer la lluvia.

Es cierto como ya dijimos que los artistas precolombinos y los coloniales no trabajaron con entera libertad, pero trabajan con esmero porque estaban sirviendo a sus dioses y a sus jefes, jefes que tenían en su haber una buena educación artística. En cambio al romperse el sistema absolutista, los jefes fueron substituidos por clientes, que tenían gustos y costumbres que no eran de su época, por ello los escultores en lugar de expresarse de acuerdo con los ideales artísticos propios del momento, manifestáronse dentro de los cánones viejos; pocos tipos neoclásicos vemos entre el gran número de producciones del siglo XIX.

No había tranquilidad ni seguridad, el pueblo dividido en partidos políticos, sin ninguna experiencia, vivía en plena lucha. Unos gobiernos duraban tan poco que no contaban como tales, y otros que llegaban a enraizarse, estaban más preocupados por mantenerse «a como diera».

lugar>>, que por las cosas de arte, que según ellos eran asuntos de la Iglesia, y los templos ya estaban repletos de <<santos>>, Era el momento de las escaramuzas de los hombres de <<la Federación>>.

Cuando llega a imponerse el gobierno de Carrera, lo más que se hace es dejar que los escultores modelen unas cuantas piezas decorativas en el teatro Colón, lo demás lo dirigen los curas con la misma letanía de tipo colonial.

En esa forma llegamos hasta los años de la revolución de 1871. Con Barrios surgió en Guatemala el amor por las ciencias naturales, las matemáticas, la física, la química, la historia, las comunicaciones, la legislación, la educación laica, el comercio, la agricultura, la banca; en total : toda la importancia de la doctrina liberal (positivista), pero las disciplinas artísticas quedaron en último plano. La suerte seguía adversa para los artistas. Barrios muere en los campos de batalla luchando por la unión de Centroamérica, en 1885; de ese año a 1892 transcurre un gobierno gris, pero este último para 1898 cambia un poco el panorama. Este tiempo es el del gobierno del General Reyna Barrios. Debemos poner atención a este momento porque hace excepción en lo que se ha vuelto regla en la historia de la escultura en Guatemala. El gobierno desea hacerle encargos a los artistas y viendo que existen muy pocos, dispone contratar extranjeros. Se tiene en mente <<la Exposición Centroamericana>> En 1893 viene al país el escultor Milanés Antonio Doninelli, luego Andrés Galeotti Baratini, de Carrara; Juan Espósito, Francisco Durini, Bernardo Cuccino, Acchile Borghi, Luis Liutti y Desiderio Scotti, vienen a completar el equipo de escultores italianos que se radican en nuestros lares, a ellos se une después el escultor español Tomás Mur.

Durini es el autor de los diseños de la estatua ecuestre del General Barrios y de la de Don Miguel García Granados, que fueron modeladas y fundidas en Italia, Andrés Galeotti Baratini fue el que hizo el montaje del palacio de La Reforma (padre del escultor Rodolfo Galeotti Torres), Acchile Borghi es el autor del León de Quetzaltenango y de la estatua en bronce del General Barrios que está en San Marcos, que probablemente es la primera escultura fundida en Guatemala, Luis Liutti hizo las decoraciones del Pasaje Henríquez y fundó la Escuela de modelación de la Sociedad de Artesanos de Quetzaltenango, Tomás Mur es el autor de la estatua de Fray Bartolomé de las Casas y la de Cristóbal Colón que se encuentran en la ciudad capital, la estatua de Colón fue fundida en Nueva York, Desiderio Scotti hizo el monumento a Barrios que está en la plazuela del Calvario de Quetzaltenango.

Este grupo de escultores que fue contratado especialmente para los trabajos de <<la Exposición Centroamericana>>, al desaparecer Reyna Barrios, entra en la penumbra.

Pasa el tiempo y nos encontramos en el año de 1910, el gobierno <<cabrerista>> está a la mitad de su actuación, entonces ingresa al país el escultor venezolano Santiago Gonzáles. Antes de estudiar su caso, que para nosotros es de suma importancia porque de él arranca la seriedad de los trabajos escultóricos de la época contemporánea, veamos lo que este artista encontró en Guatemala: los escultores y doradores del momento eran Don Salvador Posadas y el Padre Escobar, quienes fueron los antecesores y maestros de Don Enrique Acuña y de Don Julio Dubois. Hacía algunos años que vivía aquí el escultor español Don Justo de Gandarias, de quien se dijo haber sido artista de cámara del Rey Don Alfonso XII, fue después contratado para hacer el retrato de <<el Señor Presidente>>, el cual fue realizado en mármol, era, según nos informara el caricaturista Don Fernando Gonzáles Goyri, un busto en el que se mostraba al dictador con un quetzal en el pecho; nada menos que el símbolo de la libertad.

A pesar de que en Europa eran famosas las obras impresionistas de Augusto Rodín, las impresionistas decorativistas de Camilo Antonio Bourdelle y las realistas de Constantino Meunier,

para no mentar más, en Guatemala era prácticamente desconocidas. Tal vez se habló algo de ellas, pero en las obras realizadas, no se tocaron las soluciones de aquellos maestros.

Don Santiago Gonzáles, como ya dijimos llega en 1910, viene contratado para realizar las esculturas de los tímpanos del Templo de Minerva, que se construía en el Hipódromo del Norte. Gonzáles era producto de la escuela de Rodín y de Falguiere, por lo tanto es el primero que habla de escultura moderna. Abre una escuela de artes, a la que asisten Carlos Valenti, Rafael Yela Günther, Carlos Mérida, Rafael Rodríguez Padilla, Antonio Torres, Miguel Leal, Emiliano Alegría y otros. Además de las esculturas del Templo de Minerva modela la cabeza de Pepe Batres Montufar, que ahora vemos en el parque Gómez Carrillo. Las obras de este maestro, por lo menos las que dejó aquí no fueron extraordinarias, el valor de su labor está en la formación de un grupo de artistas que deberían destacarse con seria personalidad. De él recibió Guatemala los Prolegómenos del arte moderno.

El desarrollo continúa cuando aparece en nuestra escena Don Jaime Sabartés, un catalán que llegó a Guatemala como comerciante, pero que conocía más de arte que de comercio. Se hace amigo del grupo de estudiantes de artes plásticas y logra sugestionarlos para que luchan en el terreno del arte moderno, No está mal que recordemos que Don Jaime Sabartés es el viejo amigo y secretario de Pablo Picasso. Sabartés llegó a Guatemala en 1911.

Cuando José Santos Chocano, Porfirio Barba Jacob, Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo estaban en la cúspide de la fama literaria y Máximo Soto Hall preparaba la edición del «Libro Azul de Guatemala» llegaron posiblemente a nuestros artistas las noticias de la gran guerra mundial, pero las ideas que esta guerra trajo a las artes europeas, no aparecieron en nuestro medio. El grupo joven y entusiasta se estaba formando y los viejos llevaban una vida currutaca, por eso las caricaturas de «Mon Crayón», Don José C. Morales, se mofaban de lo lindo de las gentes de su época. Nuestros viejos escultores seguían en la luna de Valencia. Tenían que pasar más años para que las semillas que dejaran Gonzáles y Sabartés, germinaran como debía ser. Las obras de un academismo amodorrado combinado con un romanticismo a lo «Valdeavellano y Compañía» eran lo típico. Para mayor desventura Dios le obsequió a Guatemala los terremotos de 1917-1918. Con ellos se fueron muchos ejemplares escultóricos. La fuerza de los movimientos terráqueos fue tal, que hasta las esculturas pétreas de la fachada y del atrio de la Catedral, atribuidas a Cirilo Lara, se vinieron al suelo.

Muchos de los jóvenes artistas salieron del país, o se fueron a las provincias.

En 1918 termina la guerra mundial, con el triunfo de los aliados, este triunfo hace germinar el deseo de libertarse al pueblo guatemalteco, que sufre la tiranía cabrerista.

Como su el sufrimiento fuera poco, la gripe hace acto de presencia entre el pueblo, pero éste busca la manera de liberarse de sus enemigos, con gripe y todo, e iniciarse las reuniones secretas para fundar el Partido Unionista que servirá de pretexto para derrocar a Cabrera. Es el año de 1919.

Poe estos últimos años, Don Rafael Rodríguez Padilla modela los bustos de Don Francisco Vela, y de Don José Milla.

En 1920 el pueblo piensa que lo mejor es sacudirse de sus males, cueste lo que cueste, y así lo hace en Marzo de ese año. El viejo tirano se viene abajo como terrón de talpetate, ante la fuerza irresistible de lo popular, dirigida por los conservadores.

Los años siguientes fueron de gobiernos inestables; a cada poco surgían «cuartelazos». Rodríguez Padilla abre la Academia Nacional de Bellas Artes en 1922 « luego realiza el monumento a Don Lorenzo Montufar (1924) y el mausoleo de la familia Castillo, en el estilo Art Nouveau, con algo del modelado de Rodín. En 1929 se suicida por asuntos políticos.

Don Rafael Yela Günther ejecuta el monumento a Isabel la Católica, el monumento funerario al aviador Rodríguez Díaz, la maqueta para el monumento a Tecún Umán, en la capital y el monumento a Benito Juárez y el de Gabriel Pinillos, en Quetzaltenango. Después sale para los Estados Unidos de Norteamérica y para Mexico.

En 1930 Guatemala cae entre las manos de otra dictadura: la de Ubico.

Yela Günther regresa de sus viajes en 1935, dedicándose a modelar el monumento al trabajo, que deja inconcluso y su «Cristo», que ahora vemos en el Museo de Historia y Bellas Artes. Nombrado en ese mismo año para dirigir la Academia Nacional de Bellas Artes (hoy Escuela Nacional de Artes Plásticas), logra hacer allí algunas reformas. Recibe el encargo de realizar el monumento al General Barrios para la plaza central de Quetzaltenango; trabaja en madera el retrato del Licenciado Don Salvador Falla, después talla una figura femenina desnuda y dos o tres esculturas más. En 1942 muere.

Por ese mismo tiempo trabaja Rodolfo Galeotti Torres sus esculturas, con una fuerza similar a la del escultor mexicano Ortiz Monasterio, obras realistas de formas exuberantes, con temas sacados del Popol Vuh y de la vida diaria.

En 1944 triunfa «la revolución de Octubre» contra el «ubiquismo» y con ella aparecen en nuestro campo artístico los nombres de Dagoberto Vásquez Castañeda, Adalberto de León Soto, Julio Urruela Vásquez, Mario Alvarado Rubio, Eduardo de León, Roberto Gonzáles Goyri, Arturo García, Max Saravia Gual y Guillermo Grajeda Mena.

De 1945 a 1953 varios escultores jóvenes salen becados para hacer estudios en el exterior. Un nuevo rumbo se abre a la plástica nacional. El panorama económico político y cultural invita al trabajo, pero el Estado, las autoridades y el público no se «aventuran» mucho en contratar a los escultores modernos. Con grandes intervalos tres o cuatro obras son encargadas a Galeotti Torres. Existe el temor de salir defraudados en un terreno desconocido por el público, el arte ha cambiado tanto. La causa del temor, creemos que está en lo mismo que sucedía en los tiempos anteriores: falta de educación artística en el público y que el arte actual ya no sigue un solo cauce. Alguien pensará que la supervivencia de las artes populares y de la imaginería religiosa, es suficiente para obtener la preparación para apreciar las obras de arte moderno, pero no es así, la prueba está en que, si bien es cierto que contamos con una riqueza de arte popular, también lo es que la inmensa mayoría de nuestras gentes soporta, no aprecia, estas manifestaciones, obligada por las costumbres, y en cuanto al arte escultórico religioso, bien sabemos que la mayor parte de nuestros católicos, aceptan estas obras, por el respeto al contenido pero con una ignorancia garrafal, de los valores formales. He ahí por qué al enfrentarse nuestro público con obras que no son tinajas, pastores ni santos, su desconcierto es grande. Muchos piensan que las obras de arte moderno son producto de farsantes de locos o de ingenuos. No hay nada de eso, lo que pasa es que el arte ha llegado a un clima especial en el que las recetas académicas con las que se trabaja antaño y que por rutina llegaron a ser aceptadas, no cuentan ahora para nada. Tal vez la palabra rutina suene mal a algunos oídos, pero nos da la verdad, recordemos que en el arte maya y en el colonial, solo dos o tres cánones rigieron durante siglos.

En estos esfuerzos por resolver problemas básicos para lograr expresiones mejores en el arte, los artistas son sorprendidos en el año de 1954 por un cambio político de tipo reaccionario. Nadie está para pensar en asuntos plásticos en esos momentos en que la política lo es todo. Al diablo con la escultura! Pero los artistas necesitan resolver sus problemas y siguen estudiando su caso su caso. Y así transcurre más tiempo. En 1957 la Municipalidad capitalina contrata a Vásquez Castañeda y a Grajeda Mena para trabajar los murales exteriores de su nuevo edificio. La indiferencia parece que va rompiéndose. Años después Roberto Gonzáles Goyri trabaja un bajorrelieve en el edificio del Instituto de Seguridad Social, Galeotti Torres una serie de bustos de hombres ilustres y Efraín Recinos ejecuta el monumento a la Industria, ingresando así a lo escultórico monumental. La escultura en Guatemala, como en el resto del mundo ha llegado a bifurcarse. Se presenta el problema de la definición. Por una parte tenemos el arte abstracto y por otra el realista. Examinemos lo que tenemos: Unas esculturas de Roberto Gonzáles Goyri, de Dagoberto Vásquez Castañeda y de Efraín Recinos son de tipo abstracto y algunas de Rodolfo Galeotti Torres y de Arturo García son realistas. Otros artistas, como Max Saravia Gual, buscan hermanar las dos tendencias, así llegamos al año de 1960.